



Antípoda. Revista de Antropología y
Arqueología

ISSN: 1900-5407

antipoda@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes
Colombia

Ruiz Martínez, Apen

La construcción del conocimiento en ruta. Expediciones antropológicas y arqueológicas en México a
fines del siglo XIX

Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología, núm. 11, julio-diciembre, 2010, pp. 215-237

Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81419973011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA CONSTRUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO EN RUTA. EXPEDICIONES ANTROPOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS EN MÉXICO A FINES DEL SIGLO XIX

APEN RUIZ MARTÍNEZ

apen.ruiz@upf.edu

Universitat Pompeu Fabra, Barcelona

RESUMEN Este artículo examina dos expediciones antropológicas y arqueológicas para ilustrar las relaciones entre nacionales y extranjeros en la formación de la disciplina antropológica en México: la expedición de Carl Lumholtz en el norte de México en 1897 y la Expedición del Loubat, dirigida por Marshall Saville (1897-1901). Estas expediciones, organizadas por instituciones extranjeras, se enmarcaron en un contexto colonial, que por un lado fueron entendidas como penetraciones en “tierra virgen” habitada por primitivos, pero también cuna de grandes civilizaciones antiguas. Por ello, fueron también momentos en las que las dimensiones sobre el espacio y el tiempo, el presente y el pasado de la nación mexicana adquirían forma para el Estado mexicano. Por otro lado, las expediciones eran momentos en que se producía conocimiento antropológico en ruta, es decir, a partir de constantes y cotidianas interacciones humanas que deben ser analizadas y entendidas como aspectos fundamentales de la formación de la disciplina.

PALABRAS CLAVE:

Expediciones arqueológicas, prácticas científicas, historia de la antropología, nacionalismo, México.

ABSTRACT This article examines two anthropological and archaeological expeditions to illustrate the relationships between nationals and foreigners in the constitution of Mexican anthropology: the Carl Lumholtz travels in northern Mexico in 1897 and the Loubat Expedition, led by Marshall Saville (1897-1901). These expeditions, organized by foreign institutions in Mexico, were framed in a colonial context. On the one hand they were understood as penetrations into a "virgin land" inhabited by primitives, but also full of archaeological richness that located Mexico as a cradle of civilizations. In this sense, the expeditions were moments in which the dimensions of national space and national time, the present and the past of the Mexican nation were being shaped by the Mexican state. On the other hand, expeditions were moments in which anthropological knowledge was produced en route, during the constant, daily human interactions that have been analyzed and understood as fundamental aspects of the discipline.

KEY WORDS:

Archaeological Expeditions, Scientific Practices, History of Anthropology, Nationalism, Mexico.

RESUMO Este artigo examina duas expedições antropológicas e arqueológicas para ilustrar as relações entre nacionais e estrangeiros na formação da disciplina antropológica no México: a expedição de Carl Lumholtz no norte do México em 1897 e a Expedição de Loubat, dirigida por Marshall Saville (1897-1901). Estas expedições, organizadas por instituições estrangeiras, foram construídas em um contexto colonial, que por um lado foram entendidas como penetrações em "terra virgem" habitada por primitivos, mas também berço de grandes civilizações antigas. Desta maneira, foram também momentos nos quais as dimensões sobre o espaço e o tempo, o presente e o passado da nação mexicana davam forma ao estado mexicano. Por outro lado, expedições eram momentos em que se produzia conhecimento antropológico no caminho, é dizer, à partir de constantes e cotidianas interações humanas que devem ser analisadas e entendidas como aspectos fundamentais da formação da disciplina.

PALAVRAS-CHAVE:

Expedições arqueológicas, práticas científicas, história da antropologia, nacionalismo, México.

LA CONSTRUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO EN RUTA. EXPEDICIONES ANTROPOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS EN MÉXICO A FINES DEL SIGLO XIX

APEN RUIZ MARTÍNEZ

LA RELACIÓN ENTRE EL PASADO Y PRESENTE, así como las interacciones entre nacionales y extranjeros, son dos aspectos críticos para la comprensión del nacionalismo y la arqueología en México. Históricamente, la separación entre el pasado (las civilizaciones prehispánicas objeto de estudio arqueológico y fuente del orgullo nacional) y el presente (culturas indígenas, objeto de estudio de la antropología y preocupación política nacional) ha requerido una atención particular por parte de políticos, científicos, intelectuales y otros agentes sociales que fueron articulando diferentes discursos e imaginarios nacionalistas desde la Independencia. En los últimos años, distintas disciplinas han mostrado cómo en México los indígenas han sido reconstituidos como objeto de estudio histórico, arqueológico y antropológico, más que como sujetos con voluntad política (Bonfill Batalla, 1989; Pratt, 1992; Villoro, 1950; Craig, 2002). Sin embargo, faltan aún estudios que ilustren cómo los estudios del pasado y el presente indígenas fueron separados en dos ámbitos disciplinares distintos: la arqueología y la antropología. En este sentido, es necesario visualizar cómo las prácticas arqueológicas y antropológicas contribuyeron, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, a reconfigurar una idea de patrimonio nacional, en el que *lo indígena* pasaba a ser objeto muerto y reliquia del museo (Bueno, 2009; García Canclini, 2001; Rutsch, 2007; Ruiz, 2003).

Por otro lado, el estudio de las relaciones entre nacionales y extranjeros en la arqueología mexicana ha estado muchas veces enturbiado y oscurecido por la historia colonial. Durante varios siglos, la condición colonial de México había conformado una ciencia marcada por la apropiación, el silencio y la censura, que, en el caso de arqueología, tuvo un efecto claro en la apropiación de artefactos y documentos que fueron trasladados a Europa. Tras la Independencia, y fundamentalmente durante el período modernizador del Porfiriato (1876-1911), el esfuerzo y los intereses de las élites criollas intentaron dar un giro distinto al estudio de la arqueología (Brading, 1980; Lombardo de Ruiz, 1994). La intención era romper con el dominio colonial, que se percibía como una condición que obstaculizaba la creación de una tradición local de investigación arqueológica. En este sentido, durante las últimas décadas del siglo XIX, la arqueología mexicana fue solidificándose como disciplina moderna siguiendo un proceso similar al de otros países europeos. Sin embargo, mientras que en Europa y Estados Unidos la antropología y la arqueología participaron en proyectos imperiales y ubicaron sus objetos de estudio en los pueblos colonizados considerados primitivos (Marchand, 2009; Díaz-Andreu, 2007; Trigger, 1984; Larsen, 1996; Kuklick, 1996), en México estas disciplinas tornaron sus ojos científicos hacia un pasado dentro de sus fronteras nacionales: las culturas prehispánicas.

La construcción de una narrativa sobre el pasado prehispánico nunca fue uniforme o estable; al contrario, la incorporación de *lo indígena* en la historia nacional ha sido tortuosa y contestada, y estuvo especialmente marcada por la presencia de arqueólogos extranjeros en el territorio mexicano (De la Peña, 1996; Rutsch, 2007). En este artículo examino dos expediciones antropológicas y arqueológicas para ilustrar las relaciones entre nacionales y extranjeros en la formación de la disciplina antropológica y arqueológica en México, y para mostrar que la separación entre pasado y presente (entre arqueología y antropología) tuvo lugar no sólo en el plano discursivo del debate intelectual sino también en las prácticas científicas de las expediciones que examino, y en la forma en que el Estado mexicano interactuó con los exploradores extranjeros. Ambas expediciones fueron organizadas por el Museo Americano de Historia Natural (AMNH, por su sigla en inglés) en Nueva York a fines del siglo XIX: la expedición de Carl Lumholtz en el norte de México, en 1897, y la Expedición del Loubat (1897-1901), dirigida por Marshall Saville.

EXPEDICIONES COMO PRÁCTICAS CIENTÍFICAS

Las expediciones constituyen una de las prácticas científicas más comunes de la disciplina durante el siglo XIX, mediante las cuales se realizaron mapas lin-

güísticos, censos de población, y se recolectaron datos sobre diversos aspectos de las sociedades “primitivas” (Herle, 1998). Además, gran parte de los objetos arqueológicos que se almacenan en los museos se conseguían durante expediciones y no en excavaciones arqueológicas (Hinsley, 1992; Stocking, 1995). Mi interés en este artículo es ilustrar dos aspectos aún poco estudiados en la historia de la arqueología y la antropología mexicanas, a partir de un análisis de las expediciones como práctica científica. En primer lugar, para la arqueología, las expediciones tuvieron un impacto más complejo que la simple colección de objetos; eran procesos de gran contingencia e intensa interacción y contacto entre los exploradores y la gente local, y, por tanto, las expediciones son susceptibles de ser etnografiadas (Kuklick, 1997; Schumaker, 1996). Examinar las expediciones arqueológicas es también humanizar esta disciplina.

En segundo lugar, las expediciones fueron prácticas de campo eminentemente coloniales y *engendradas* (Merchant, 1980; Haraway, 1989). Los contratos firmados en el contexto de las expediciones, y que veremos más adelante, posicionaban a México (la nación) como una entidad femenina, que podía, o bien ser “penetrada” por una saga de exploradores, viajeros y científicos, o bien protegida por el Estado (como una entidad protectora masculina). Durante sus viajes, los exploradores narraron su cotidianidad con palabras que van dibujando una imagen de un México exótico y asombroso, pero al mismo tiempo desordenado, inepto, salvaje, y de alguna manera feminizado, precisando de la mano extranjera para recuperar sus reliquias ancestrales. Veamos más de cerca, en este contexto colonial y nacional, cómo se desarrollaron las dos expediciones.

CARL LUMHOLTZ (1890-1907) Y MARSHALL SAVILLE (1897-1901)

Cuando Carl Lumholtz comenzó la primera de cuatro expediciones en México en 1890, ya tenía una larga experiencia de viajes alrededor del globo. Había nacido en Noruega, y después de una depresión abandonó los estudios de teología y se dedicó al estudio de las ciencias naturales (Romo Cedano, s. f.; Muñoz Güemes, 1988). Antes de viajar a México, su primera salida de Noruega había sido Australia, donde se dio cuenta de que para recolectar especímenes zoológicos y botánicos era mejor tener la ayuda de los habitantes del país, y parece ser así como se acerca a la etnología y la antropología (Lumholtz, 1904).

En México, Carl Lumholtz dirigió cuatro expediciones planificadas como proyectos de investigación interdisciplinarios. En este artículo examino sólo la tercera expedición (1894-1897), por ser la mejor documentada. El diario de viaje de Lumholtz, aunque muy conciso, fue guardado en el AMNH, junto con cartas que escribió a varias personalidades del Museo. En esta expedición,

Lumholtz viajó a la región Tarahumara, a la tierra de los Huicholes, los Coras, Tepenacos, y los Indios Tarasco. Era una de las expediciones más ambiciosas organizadas durante aquellos años, y, contrariamente a la expedición de Saville, que veremos más adelante, Lumholtz no tenía intenciones de “descubrir” ruinas antiguas; la idea era coleccionar objetos: sobre todo etnológicos, pero también arqueológicos y botánicos, así como cráneos, y también tomar medidas de cuerpos de poblaciones indígenas.

Más o menos al mismo tiempo que Lumholtz viajaba por el norte de México, el arqueólogo norteamericano Marshall Saville realizó varias expediciones a México y Centroamérica. Aun siendo expediciones contemporáneas, organizadas por la misma institución y en el mismo país, podemos ver diferencias en la forma en que se desarrollaron, y en la manera en que México las gestionó, diferencias que no fueron arbitrarias, sino que responden a una forma específica de entender la arqueología como patrimonio nacional, y las culturas indígenas, como algo que, al menos a fines del siglo XIX, México no estaba preocupado en proteger.

220

■ EXPLORACIÓN DE LA TIERRA DE LOS ÚLTIMOS PRIMITIVOS

La expedición de Lumholtz en el norte de México era una prometedora incursión en la temática que ocupaba a los antropólogos norteamericanos desde mediados del siglo XIX, que desde una perspectiva evolucionista discutían sobre el origen y poblamiento de las Américas, la antigüedad del hombre americano y la naturaleza de los antiguos habitantes de las Américas (Stocking, 1968; Bederman, 1995). Las exploraciones fueron diseñadas para documentar lo que se creía que eran los últimos habitantes primitivos de las Américas y entender mejor las conexiones entre los habitantes del norte de México y del sur de Estados Unidos, especialmente los indios Pueblo. En este contexto, estudiosos como Frederic Putnam, William Holmes y Daniel Brinton, intensamente dedicados a estudiar la historia de los grupos que vivían en las zonas fronterizas de Estados Unidos y México, apoyaron con gran interés la iniciativa de Lumholtz.

Frederic Putnam, por ejemplo, veía en los viajes de Lumholtz una clara oportunidad para fortalecer la llamada Antropología Americanista, que abarcaría regiones del norte y sur de la frontera del río Grande (Patterson, 1986). Putnam, que fue curador del Peabody Museum de la Universidad de Harvard, escribió una carta a Lumholtz expresando su agradecimiento y satisfacción con el material de las expediciones expuesto en la Exposición Universal de Chicago, en 1893, donde él era curador, porque permitiría “descubrir las conexiones de los grupos que habitan un lado del continente con los que habitan el otro lado.

[Porque] hasta que la migración de los distintos grupos que habitan en Norte y el Sur de América se pueda conocer en detalle, habrá muchas oportunidades de investigación para la Antropología americana”¹. En líneas similares, Daniel Brinton se interesó más por las conexiones lingüísticas entre grupos que habitaban las Américas y mostró su interés para que Lumholtz estudiara las “afinidades lingüísticas entre las diversas tribus de México”². William Henry Holmes, antropólogo que trabajó para el Bureau of American Ethnology de la Institución Smithsonian, fue otra de las voces que apoyó las expediciones de Lumholtz viendo en ellas una gran oportunidad científica para fortalecer el área de la Antropología americanista. Holmes escribió a Lumholtz, satisfecho con los resultados de la expedición, especialmente porque la región del Norte de México era “prácticamente desconocida. La historia de América no puede ser escrita de forma inteligible hasta que no exista una investigación científica que conecte las antiguas culturas de Nuevo México y Arizona con las del valle de México”³.

Así como tenemos constancia de cómo las exploraciones de Lumholtz se inserían en la antropología y arqueología norteamericanas, poco sabemos del impacto que tuvo el trabajo de Lumholtz en debates intelectuales en México. Sin embargo, estas expediciones tuvieron lugar en un momento en que los debates sobre ciencia y nación señalaban a la arqueología como una piedra fundamental para hablar y pensar respecto a la nación (Florescano, 1994; Lombardo de Ruiz, 1994). Las exploraciones de Lumholtz se realizaron cuando en México ya se había aprobado en 1885 una restrictiva ley que controlaba el acceso de extranjeros a objetos arqueológicos ubicados en suelo nacional. Por el contrario, mientras que las ruinas eran emblemáticas de un pasado glorioso, en ningún momento los debates políticos mencionaron el valor nacional de la cultura material indígena, de sus mitos, leyendas, cuentos y refranes, y dejaron ese campo abierto al descuido o la apropiación. En el contexto de la expedición de Lumholtz por tierras del norte de México, y más específicamente en la relación del Gobierno mexicano con Carl Lumholtz, podemos ver algo que ya ha sido señalado por varios autores: el proyecto nacional de fines del siglo XIX se realizó a expensas de los grupos indígenas.

UNA EXPEDICIÓN ILIMITADA

Antes de iniciar las exploraciones, Lumholtz visitó Ciudad de México y, como diplomático científico o cultural, le comunicó a Porfirio Díaz su “intención de realizar exploraciones en la Sierra Madre”⁴. El explorador encontró muy

1 20/10/1893. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1894-14.

2 27/01/ 1894. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1894-14.

3 22/2/ 1894. AMNH/Division of Anthropology, Acc. #1894-14.

4 Reporte de las exploraciones en el norte de México. Carl Lumholtz, pp. 386-402.

buena recepción en México, “y el presidente Díaz y todos los miembros de su Gabinete me dieron todas las facilidades y apoyo imaginables”⁵. La visita de Lumholtz a la casa presidencial sólo anunciaba sus futuros viajes por México, y no fue una visita para negociar los límites y la naturaleza de sus expediciones. El explorador noruego pedía la protección del gobierno de Díaz, y obtuvo este compromiso del gobierno porfirista; sin embargo, las expediciones no fueron estrechamente supervisadas por el Estado.

Lumholtz sólo firmó un contrato con la institución que lo apoyaba y financiaba. En 1894 el AMNH redactó un acuerdo con Lumholtz, por el cual éste continuaba sus exploraciones e investigaciones científicas por la costa oeste de la Sierra Madre, de México central y del sur, en el límite con Centroamérica. En contraste con el contrato que Marshall Saville firmó con México, y que veremos más adelante, el de Lumholtz no consideraba a México como una entidad reconocida, y tan sólo establecía las responsabilidades científicas que Lumholtz tenía con el Museo; de este modo, México era tan sólo el escenario donde acontecían las exploraciones.

222

El contrato del AMNH y Lumholtz señalaba el ámbito geográfico de las investigaciones, el coste de la expedición (5.000 dólares), las condiciones de pago (cinco pagas trimestrales de mil dólares cada una) y el período de investigación, que fue fijado en 15 meses. También establecía los objetivos científicos de la expedición: “realizar investigaciones principalmente de carácter etnológico y coleccionar todo el material que fuera posible de las tribus que se encontraran durante el viaje”⁶. El contrato estaba lleno de imprecisiones y vaguedades; por ejemplo, no se mencionaban qué grupos indígenas iban a ser estudiados, ni tampoco los objetos que debían ser adquiridos, pero la idea era reunir tanto material como fuera posible. Aunque la expedición tuviera principalmente un componente etnológico, el interés por material arqueológico está claramente visible en las cartas que se enviaron Lumholtz y las autoridades del Museo. Frederic Putnam y Morris Jesup mencionaron en muchas ocasiones que Lumholtz tenía que prestar atención a artículos arqueológicos.

En la correspondencia, vemos a un Lumholtz coleccionista; bajo las órdenes del Museo, su objetivo era acumular objetos para ser posteriormente exhibidos. En noviembre de 1894, en pleno viaje, Lumholtz recibió una carta del Sr. Winser, tesorero del Museo, donde se establecían muy claramente las prioridades expedicionarias. Lumholtz debía “obtener muestras de grupos típicos de todas las antiguas tribus; y, por tanto, era conveniente que recopilara ejemplos de trajes de los indios, de tejidos, adornos, y tomar las dimensiones necesarias para la fabricación

5 Reporte de las exploraciones en el norte de México. Carl Lumholtz, pp. 386-402.

6 Reporte de las exploraciones en el norte de México. Carl Lumholtz, pp. 386-402.

de modelos. Todo ello debería aplicarse a los dos sexos⁷. Al mismo tiempo, Winsor subrayaba la intención del Museo de “reunir material arqueológico siempre que fuera posible [...] personalmente le ruego que ponga el mayor interés en obtener este tipo de material⁸. Aunque los objetivos fueran simples y claros, Lumholtz explicitó frecuentemente las dificultades para lograr alcanzar estos objetivos; eran aprietos que siempre achacaba al contexto humano y cultural.

DIFICULTADES E IMPREVISTOS EN LA RUTA

El éxito de la expedición dependía de la cantidad y la calidad de los objetos obtenidos. Tal como escribió Morris Jesup, filántropo y presidente del AMNH, “los mayores esfuerzos deben dirigirse a la adquisición de material que despierte el interés popular y tenga fines educativos. Las expediciones en México no son frecuentes y, por lo tanto, todos los esfuerzos deben ponerse en conseguir que esta expedición sea el ejemplo más exitoso de su entusiasmo y perseverancia⁹. Para lograr este objetivo, el tiempo era un recurso costoso. En su correspondencia, Lumholtz trata siempre de compensar el lento ritmo de la expedición con su ilimitado esfuerzo para alcanzar sus objetivos. En 1895 escribió a Morris Jesup, director del AMNH: “Estoy ansioso como cualquier persona estaría por lograr lo que será un beneficio real para el Museo; teniendo en cuenta los esfuerzos humanos, creo que no es necesario temer por los resultados de la expedición¹⁰. Pero los esfuerzos de Lumholtz eran perturbados por las condiciones de trabajo de campo, que él describió como naturalmente adversas a las tareas científicas. En este sentido, Lumholtz, al igual que Marshall Saville y otros exploradores, se forjaba una imagen del explorador como héroe que necesitaba superar las constantes dificultades del campo (Oreskes, 1996; Terrall, 1998).

Lumholtz escribía que en contra de sus esfuerzos para compilar objetos estaba el estilo de vida mexicano, y comentó: “Es difícil para ustedes que viven en la civilización darse cuenta de todas las dificultades y los obstáculos que uno encuentra aquí en este país lento, donde una semana o dos valen lo mismo que un día. Los retrasos aquí son inevitables¹¹. Lumholtz verbalizaba las dificultades encontradas como diferencias culturales en la comprensión del tiempo, el trabajo y el esfuerzo, suponiendo que la reacción natural de los indígenas debería ser la de responder positivamente a su ansia coleccionista. Por ejemplo, en una carta a Putnam escribió: “A nadie se le puede pagar ni a precio de oro para que haga de guía en Durango, todo el mundo está ocupado con la cosecha, con

7 6/11/ 1894, AMNH/Division of Anthropology Acc. # 1894-14.

8 6/11/ 1894, AMNH/Division of Anthropology Acc. # 1894-14.

9 18/11/ 1894. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1894-14.

10 1/09/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1895-8.

11 1/09/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1895-8.

la bebida, y atendiendo a la fiesta, y he perdido ocho días antes de poder conseguir un guía. Por otra parte, cuando hay mucho maíz nadie quiere trabajar”¹². Como veremos más adelante, esta narrativa se asemeja mucho a las opiniones que Marshall Saville expresaba en relación con los indígenas en Palenque. En ambos casos se transfiere la idea de que ser indígena está relacionado con la pereza, la lentitud, la pasividad y la constante festividad.

Aunque coleccionar objetos (etnológicos y arqueológicos) fuera el objetivo principal de las dos expediciones, los objetos desempeñaban un rol más amplio, que requiere ser analizado. En un estudio sobre exploradores y viajeros en África durante las dos primeras décadas del siglo XX, Johannes Fabian señala la importancia de los objetos “en el establecimiento de relaciones; los objetos crean (o no) condiciones para la comunicación” (Fabian, 2001: 120). Entendiendo los objetos como mediadores, Fabian señala que “los objetos despiertan interés tanto en el campo como en los hogares, [...] los objetos incluyen regalos, bienes de intercambio, armas y todo tipo de cosas, desde el equipo para acampar hasta un fonógrafo” (Fabian, 2001: 120).

224

■ INTERMEDIACIONES Y OBJETOS

Tal como veremos más adelante, para Marshall Saville los objetos no eran propicios para establecer una comunicación con los indígenas; al contrario, los seres humanos interferían en la apropiación de los objetos. Para Lumholtz, por otro lado, era necesario establecer una comunicación con los indígenas, con el fin de obtener información etnográfica, y para ello utiliza objetos como mediadores. Durante sus viajes por México, Lumholtz estaba convencido de que estaba entrando en una *terra incognita*, un espacio que estaba prohibido a los no indígenas, y sabía que la distancia que existía entre él y los indígenas tenía que salvarse, y, revertiendo los roles, expresó este sentimiento de extrañeza: “La gente aquí no ha tenido nunca un hombre blanco en su pueblo antes, así que soy objeto de la curiosidad general”¹³.

En sus cartas, Lumholtz menciona siempre su tentativa de acercamiento a los indígenas. Siempre subrayando el carácter de reclusión y aislamiento de los indígenas, que hacía el proceso de acercamiento más arduo pero siempre más interesante, escribió: “Los indios Tepehuanan viven en gran aislamiento del mundo exterior y, por lo tanto, presentar un interés considerable”¹⁴. Un aislamiento que explicaba históricamente en el caso de los Coras, que es “una raza valiente e inteligente que no fue sometida por los españoles hasta 1722 [...]”¹⁵.

12 1/09/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1895-8.

13 29/05/ 1894. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1894-14.

14 3/05/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1895-8.

15 3/05/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1895-8.

Lumholtz mostraba que, a pesar de que los indígenas “no permiten que los blancos (mexicanos) se instalen en estas tierras [y aunque] son muy desconfiados hacia los extraños, yo he logrado establecer la mejor de las relaciones con ellos”¹⁶. Había penetrado un espacio que estaba prohibido a los extranjeros, pero especialmente los extranjeros nacionales, es decir, los mexicanos. Él incluso había sido capaz de adquirir un indígena Cora, que “ha sido de gran utilidad para mí porque me ha abierto sus secretos acerca de estos indios y de otros grupos indígenas”¹⁷.

En algunos casos, Lumholtz se sentía perturbado por la premura impuesta por el Museo, que interfería con sus deseos de prolongar su estancia entre los indígenas y establecer una mayor proximidad, y así, explicaba que la recolección de material etnológico no era fácil porque “hay que recordar que estos indios no quieren vender nada; primero uno debe de alguna manera ganarse su confianza, antes de que puedan hacerse negocios. Todo lleva su tiempo”¹⁸. Ante estas dificultades, Lumholtz utilizaba objetos para crear una especie de mediación entre él y los indígenas de Guerrero: “Yo les mostré mi revólver, mi escopeta y mi cámara, y se expresaron con grandes gritos de asombro”¹⁹.

Sin embargo, más que mediación, los objetos eran siempre instrumentos de un poder y dominación que se transformaba en conocimiento antropológico y material etnográfico para el AMNH. Putnam había pedido a Lumholtz que hiciera “moldes de todas características y del cuerpo de todos los indígenas que encuentre”, y si eso no era posible, “seleccione a un grupo de indios que desarrollen una ocupación particular: tejido, cestería, alfarería, etc., y procure que estén vestidos lo más similar posible a los trajes nativos más originales”²⁰. Las instrucciones eran muy claras: “Tome una fotografía del grupo y luego de forma individual, teniendo cuidado de que las imágenes muestren un perfil perfecto y que las vistas frontales y dorsales sean perfectas también. A continuación puede tomar medidas individuales de cada persona”²¹.

A fin de satisfacer las necesidades de la exposición etnográfica sobre los diferentes tribus de América que estaban diseñando, Putnam ordenó hacer moldes de “un grupo de tejedores de una tribu, de un grupo de ceramistas, y así sucesivamente, para obtener la mayor diversidad que sea posible de tribus relacionadas, en vez de tener tres o cuatro grupos de una sola tribu”²². Sin duda,

16 3/05/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1895-8.

17 3/05/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1895-8.

18 3/05/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1895-8.

19 29/05/ 1894. AMNH/Division of Anthropology, Acc. # 1894-14.

20 23/01/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Accession # 1895-8.

21 23/01/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Accession # 1895-8.

22 23/01/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Accession # 1895-8.

Lumholtz requería una gran proximidad e intimidad con las comunidades indígenas para obtener este tipo de información.

La conexión entre el explorador noruego y los indígenas fue una de asombro y distancia, pero también de curiosidad y cercanía, todo ello en un contexto más grande, donde la única obligación hacia México era “preparar álbumes fotográficos que ilustren la labor realizada por el Dr. Lumholtz, un álbum para el presidente Díaz, y uno para el arzobispo de México”²³.

Como veremos a continuación, para Marshall Saville el paisaje mexicano estaba habitado principalmente por ruinas y palacios, y los indígenas eran fuente de material etnológico, pero en su mayoría eran seres inertes que ocupaban un espacio lleno de riqueza arqueológica, pero eran incapaces de sacar provecho de ella.

LA EXPEDICIÓN DE MARSHALL SAVILLE (1897-1901)

El arqueólogo norteamericano Marshall Saville (1867-1935) visitó México por primera vez en 1890, como director de una expedición en Yucatán, bajo los auspicios del Museo Peabody, cuando su director era Frederic Putnam. En 1891 y 1892 Saville hizo un segundo viaje a Centroamérica, esta vez a Honduras, para recolectar objetos arqueológicos y material de diversa índole para la Exposición Universal de Chicago de 1893. Y, finalmente, en 1897 volvió a Chiapas para explorar las ruinas arqueológicas mayas. En esta sección utilizo especialmente documentación sobre este último viaje.

En 1895 Saville participó como representante del Museo en el Congreso de Americanistas celebrado en Ciudad de México. Ésta fue la primera vez que un congreso de esta índole se celebraba en un Estado americano, y, sin duda, fue un momento crucial en la historia de la arqueología de México y en su proyección internacional. Según un informe del AMNH, durante la celebración del Congreso, “México hizo un esfuerzo extraordinario para entretener a sus visitantes. Las colecciones privadas y públicas de las piezas arqueológicas se reunieron para aumentar las colecciones de los museos nacionales de México”²⁴. Este acontecimiento fue un momento único para afianzar el proyecto de una arqueología nacional siguiendo la línea porfirista de mostrar al mundo que México contaba con una sólida comunidad científica (Garcíadiego Dantan, 1996; Lomnitz, 2008). Algunos yacimientos fueron elegidos como botones de muestra para los visitantes y “se hicieron excavaciones especiales en las ruinas de San Juan Teotihuacán, con el fin de mostrar a los delegados internacionales alguna novedad. Se realizó una excursión a las famosas ruinas de Mitla [...] Existía un flamante interés por el tema de la arqueología mexicana, un interés más fuerte que nunca”²⁵.

23 27/09/ 1895. AMNH/Division of Anthropology, Accession # 1895-8.

24 S. f. AMNH/Division of Anthropology; Acc. # 1898-30.

25 S. f. AMNH/Division of Anthropology; Acc. # 1898-30.

Sin duda, los esfuerzos del gobierno de Porfirio Díaz fueron exitosos, y cuando Saville salía de México, después del Congreso de Americanistas, envió una carta al Presidente: “Muy señor mío, quiero expresarle mi sincero agradecimiento en nombre del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York por el interés que gentilmente ha manifestado en nombre de la ciencia arqueológica. Puede estar seguro de que de nuestra parte haremos todos los esfuerzos para iniciar una nueva era en cuanto a la historia antigua de México”²⁶. El mensaje y el lenguaje de la carta dirigida a Díaz están en concordancia con la filosofía del contrato que se firmó posteriormente entre el AMNH y el Gobierno mexicano para que Marshall Saville realizara exploraciones en Chiapas. Tal como veremos más adelante, el contrato responde a un pensamiento subyacente en el que Estados Unidos proporciona el esfuerzo, la ciencia y los instrumentos, y, por otro lado, México ofrecía su riqueza natural: las ruinas. Ambos se fusionarían en nombre de la ciencia.

La narrativa del contrato enfatiza la idea de descubrimiento y recrea estereotipos coloniales sobre el funcionamiento de la ciencia, donde existen un centro y una periferia²⁷. En este caso, México se identifica como repleto de maravillas desconocidas esperando a ser develadas, y el AMNH se muestra como el descubridor, que aporta la tecnología, la mente y el esfuerzo. En ningún momento se hace mención de la colaboración con la comunidad “científica” o con las instituciones existentes en México (el Museo Nacional o la Inspección de Monumentos), cuando, en la práctica, el AMNH precisaba de diversos intermediarios en México para llevar a cabo las exploraciones arqueológicas.

Según el documento contractual, la relación que se establecía entre México y el AMNH debía ser únicamente material (la distribución de las piezas arqueológicas descubiertas), y no en forma de un intercambio de ideas científicas. Así, pues, en última instancia, México aparece como una figura pasiva, un espacio natural, que interesaba por la materialidad de su pasado y no tanto por las posibles interpretaciones que se hacían de esta materialidad.

Las exploraciones de Marshall Saville se insertaban en una tradición de arqueólogos y viajeros extranjeros que durante todo el siglo XIX habían visitado México (Álvarez, 1993; Bernal, 1980; Carlos, 1993; Sullivan, 1989). Por ello, estas exploraciones encajan en un debate político sobre el patrimonio nacional, y en el cual se estaba articulando una estrecha relación entre nación y arqueología, como un conocimiento que el Estado debía proteger y gestionar de una forma piramidal, desde arriba hacia abajo (Vázquez León, 1996; Rutsch, 2007). En este sentido, aunque el contrato firmado entre el Gobierno mexicano y el

26 16/11/1895. AMNH/Manuscript Collection. Marshall Saville (S28).

27 Para críticas de esta visión centro-periferia, ver Gorbach, Frida y Carlos López Beltrán (2008), Prakash (1990) y Pruna (1994).

AMNH visualizara a México como una tierra que iba a ser descubierta, al estilo de *terra incognita*, como lo definía Lumholtz, cuando se examinan detalladamente las expediciones de Saville prestando atención a sus prácticas cotidianas, podemos ver en ellas una presencia bastante constante de México (en forma de instituciones estatales, burócratas, coleccionistas y aficionados locales), una presencia que, aunque pueda parecer vaga y fantasmagórica, articuló una noción de Estado patrimonial a partir de la protección del ámbito material y tangible del pasado, la arqueología, y no, por ejemplo, la antropología.

EL PASADO COMO PATRIMONIO

Como mencioné anteriormente, la presencia de arqueólogos extranjeros en suelo mexicano había sido debatida políticamente, y, de alguna manera, la noción de protección del patrimonio se estaba filtrando en debates sobre la soberanía nacional mexicana. En 1885, quince años antes de que el contrato para la expedición de Saville se firmara, se creó la Inspección de Monumentos Arqueológicos, asociada al Museo Nacional con la función de controlar y autorizar todas las actividades arqueológicas que tenían lugar en México. A la cabeza de la Inspección estaba Leopoldo Batres, que ocupó el cargo durante más de treinta años transformándose en la máxima autoridad en materia arqueológica del Porfiriato. Básicamente, el objetivo de la Inspección era impedir el robo y la apropiación de antigüedades que frecuentemente se producían en México desde la época colonial.

Un aspecto relevante para este artículo es que la Inspección se creó a consecuencia de una polémica intervención arqueológica llevada a cabo por el viajero francés Désiré Charnay, en la década de 1880, quien había firmado un contrato con el Gobierno mexicano que le permitió exportar los objetos arqueológicos que descubrió. Las exploraciones en Tula, “la Pompeya de México”, como se conocía, habían encendido un debate político que enfrentaba a aquellos que veían las antigüedades de México como algo “universal”, objetos científicos que podían ser llevados fuera del país para ser estudiados, y aquellos que ferozmente querían prohibir cualquier salida de antigüedades de México (Díaz y de Ovando, 1990; Rutsch, 2007).

Justo Sierra, político, historiador y poeta, expresó la primera línea de pensamiento refiriéndose a los beneficios que aportaba al país la firma de contratos con arqueólogos extranjeros. Sierra consideraba positivas las exploraciones de Charnay, y con esta convicción se dirigió al Congreso: “Queridos miembros del Congreso: No creo que sea correcto remitirse al amor patriótico para evitar que los objetos que son cubiertos por el polvo puedan ser utilizados por estudiosos extranjeros, que los transformarán en conocimiento y libros, como los

que ilustran la historia de África” (Díaz y de Ovando, 1990: 38). Por otra parte, personas como Guillermo Prieto y Vicente Riva Palacio se oponían a la firma de contratos con extranjeros, e incluso afirmaban que era preferible que los objetos arqueológicos se consumieran en el fuego antes de que fueran llevados fuera del país, ya que consideraban que estos contratos no eran más que una nueva demostración de dominación extranjera y falta de soberanía.

Este debate refleja dos puntos de vista sobre la arqueología y la ciencia en general: uno que favorecía la naturaleza universal y apátrida del conocimiento científico (Justo Sierra), y otro, más localista y patriótico, que defendía la apropiación del pasado, y el control nacional del material arqueológico y sus interpretaciones. Estos puntos de vista, que discursivamente parecen completamente antagónicos e irreconciliables, forman el contexto en el que se desenvuelve la expedición de Saville. Sin embargo, prestando atención a la organización de las prácticas cotidianas durante la expedición, podemos ver que, ante tal disparidad de opiniones, hubo una gran mediación y se lograron soluciones tanto político-institucionales como científicas, para articular una noción de patrimonio arqueológico nacional en México, al mismo tiempo que los museos extranjeros se llenaron de piezas arqueológicas mexicanas, algunas robadas y otras extraídas con permiso.

A Désiré Charnay se le obligó a dejar fotografías y moldes de sus hallazgos en México; sin embargo, sus movimientos por el territorio mexicano y la organización de sus trabajos arqueológicos no fueron controlados ni observados por el Estado. Diferentemente, en el caso de la expedición de Marshall Saville, existía un interés sin precedentes en vigilar la circulación del propio arqueólogo y supervisar e intervenir la cotidianidad de la expedición.

UN CONTRATO CIENTÍFICO CON UNA FILOSOFÍA COLONIAL

Antes de la firma del contrato, hubo una larga negociación entre el AMNH y el Gobierno mexicano, que se centró en la discusión de cuatro aspectos: el dinero invertido en la expedición, la duración del contrato, la adquisición de objetos arqueológicos y la elección de un burócrata mexicano para supervisar la intervención del Museo en México. Entre todos los aspectos involucrados en la expedición, tal vez la elección de un burócrata mexicano para acompañar a los norteamericanos fue el tema que tuvo más ramificaciones e impacto durante la exploración. Durante las negociaciones, Saville equiparaba a México con otras naciones que habían abierto sus territorios a la investigación extranjera. Así, el arqueólogo norteamericano discutía el reparto de los objetos arqueológicos de la siguiente forma:

Francia ha obtenido de Persia el derecho de explorar con la titularidad indiscutible de la mitad de los objetos en barro y piedra, y cuando los objetos están hechos de metal, Francia tiene la posibilidad de comprar la mitad de ellos, en su valor intrínseco. También es conocido que Egipto está promoviendo la exploración de sus ruinas y, por lo tanto, los museos de Inglaterra y Estados Unidos se están enriqueciendo. Turquía ha aceptado un contrato muy liberal de la Universidad de Pensilvania para explorar las ruinas de Nínive y Babilonia. Todos estos ejemplos demuestran que no hemos solicitado nada irracional pidiendo la mitad de los objetos encontrados²⁸.

A primera vista, el contrato establece la relación entre México y el Museo como una relación casi comercial, en la que Estados Unidos proporcionaba ciencia e instrumental científico a cambio de las ruinas, y el compromiso del Gobierno mexicano era facilitar esta transacción. Pero si examinamos cartas y reportes escritos durante la expedición, vemos que tras los términos del contrato acontecieron múltiples interacciones humanas y científicas que van más allá de la distribución final de objetos arqueológicos o de fotografías.

El contrato entre Marshall Saville y el Estado mexicano se materializó en una serie de interacciones entre el explorador norteamericano y Leopoldo Batres. Así, aunque el lenguaje y la filosofía del contrato estaban insertados en un pensamiento colonial, que heredaba una tradición científica expansionista, es necesario poner de relieve cómo determinados sectores o personas del Estado porfirista fortalecieron su presencia mediante el control de intervenciones extranjeras en el ámbito de la arqueología. En este sentido, si comparamos la presencia del Estado en las expediciones de Lumholtz y de Saville, vemos que la noción de arqueología como un ámbito científico que se ocupa del pasado mexicano y que debe ser protegido por el Estado va emergiendo en contra de una antropología que es desatendida, se subvalora y se mantiene al margen de la noción de patrimonio nacional.

ACOMPañAR Y SUPERVISAR

La expedición estaba formada por Marshall Saville, el Sr. Humphray –ingeniero de Nueva York– y tres mexicanos: Leopoldo Batres, su hijo Salvador Batres y Aristides Martel, que era un “coleccionista cultural que aprovechó para visitar la región con la expedición”²⁹. Batres era el funcionario mexicano elegido para supervisar las expediciones. Varios académicos han examinado el crucial papel que tuvo Batres en la consolidación del carácter patrimonial de la arqueología mexicana durante el Porfiriato (Rutsch, 2007; Vázquez León, 1996), por su

28 S. f. 1896. AMNH. Manuscript Collection. Marshall Saville (S28).

29 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México. 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

carácter autoritario e irascible, su cercanía al presidente Díaz y la forma centralizadora y acaparadora de gestionar la arqueología en México. Mientras Batres ocupó la Inspección, todas las relaciones arqueológicas con extranjeros pasaron por sus manos, y ya durante la firma del contrato, Saville, molesto con las condiciones impuestas por el Congreso mexicano, comunicó al presidente del AMNH el indisputable aunque ambiguo poder de Batres:

es muy amigable, y sin su amistad y la del Presidente, no podría hacer nada tal como está redactado el contrato. La concesión ha sido reformada para darnos solamente los duplicados de las piezas. Batres ha prometido dar una interpretación liberal a esta cláusula. El Presidente habló conmigo y fue amistoso con nuestro trabajo, creo que tal vez vamos a ser capaces de obtener la mayor cantidad de duplicados. La única persona que puede crear problemas sería Batres, a quien conozco y creo que nos ayudará con su poder³⁰.

Saville nunca vio con buenos ojos la presencia de Batres durante la expedición, porque deseaba moverse libremente por tierras mexicanas, y ya había escrito al Museo expresando su deseo de explorar las ruinas de Menché y Piedras Negras, cerca de la frontera mexicana con Guatemala, “por ser áreas prácticamente inexploradas”, pero sobre todo por ser una región “distante de la capital y [por consiguiente] menos probable que encontremos la perturbación causada por funcionarios del Gobierno o ser molestados por otros individuos y personas curiosos”³¹. Ciertamente, la presencia cotidiana de Batres en la expedición se tornó una pesadilla para Saville, quien se topó con constantes aprietos logísticos para realizar sus trabajos.

Una de las cuestiones más problemáticas parece ser la mano de obra durante las exploraciones. En el contrato no se menciona nada acerca de la mano de obra, porque en general el ámbito humano de la arqueología queda silenciado. Y aun así, como veremos más adelante, las cartas de Saville están repletas de riquísima información acerca del contexto humano y social de la práctica arqueológica en un contexto colonial, en el cual queda claro cómo el pasado prehispánico se va desvinculando y desmembrando del presente indígena, de forma que los habitantes de las tierras exploradas no son más que escenario de un pasado que queda fosilizado en las ruinas. Mientras que en las expediciones de Lumholtz los seres humanos aparecían como sujetos de estudio, portadores de curiosidades etnológicas, en la expedición de Saville, los habitantes de Palenque son básicamente necesarios como mano de obra para trabajar, pero Saville no muestra casi ninguna curiosidad por sus costumbres, su condición humana o su riqueza cultural.

30 6/06/1896. AMNH. Manuscript Collection. Marshall Saville (S28).

31 S. f. AMNH/Division of Anthropology. Acc. 1897-1898.

Los cinco integrantes de la expedición eran “expertos” y no parecían dispuestos a limpiar la vegetación de los palacios o sacar tierra para desenterrar ruinas arqueológicas; así, la contratación de mano de obra se volvió algo inesperadamente complicado y un motivo de tensión entre los miembros de la expedición. Tan pronto como llegaron a Palenque, Saville señaló la dificultad de encontrar mano de obra y, especialmente, la falta de cooperación del Inspector de Monumentos. A pesar de que Saville había pedido “una grupo de 20 o más indios, [Batres] no consiguió más de 4-5 hombres que salían en la mañana y regresaban a sus casas por las noches, literalmente, caminando a través de kilómetros de caminos lodosos”³²; Batres no ayudó a Saville en varios ámbitos, y éste se quejaba constantemente: “Nos vimos obligados a permanecer en el pueblo hasta el 13 de diciembre, debido a que no llegaba una parte de nuestra carga, y debido a la dificultad de conseguir mano de obra y mulas”³³.

Marshall Saville se encontraba en el sur de México sin contar con la ayuda de un ayudante de campo, con problemas logísticos y con un boicot casi explícito del supervisor mexicano. Su correspondencia se colma de expresiones de incomodidad, de desaliento, y su disposición a escapar. Detestaba estar en Palenque, un lugar que veía como una “aldea miserable habitada por indios pobres, que muchas veces apenas tienen alimentos suficientes para un solo día”³⁴. Además de que el entorno cultural y humano parecía miserable, Batres estaba cada vez menos interesado en facilitar las cosas, hasta el punto que la expedición se dividió en dos grupos: “Batres hizo arreglos para quedarse en el pueblo, por lo que el Sr. Humphray y yo nos vimos obligados a pasar el tiempo solos en las ruinas [...] [Batres] no ofreció una mano amiga, y todo el trabajo de conseguir los indios recayó sobre nosotros”³⁵. Estando en Palenque, Saville pidió a los indígenas que limpiaran las habitaciones “que íbamos a ocupar como vivienda, y sacaran la maleza de enfrente de las habitaciones”³⁶. Mientras Batres permanecía en el pueblo, Saville se quedó en las ruinas, y así, siguiendo un estilo claramente colonial, y, al igual que otros arqueólogos extranjeros habían hecho con anterioridad, ocupó el Palacio de Palenque: “la cámara en la parte trasera utilizada por Maudselay como cocina estaba siendo usada con el mismo propósito”³⁷.

32 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México, 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

33 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México, 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

34 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México, 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

35 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México, 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

36 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México, 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

37 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México, 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

Cuando se limpiaron las habitaciones y se preparó la vivienda, Saville comenzó a quejarse por los mosquitos, la lluvia, la falta de sueño, hasta que la cotidianidad “se puso muy difícil para el señor Humphray, que se enfermó y regresó a Estados Unidos”. Finalmente, Saville escribió al Museo diciendo: “Sin los trabajadores, sin ayudante y compañero, las peligrosas condiciones climáticas y el estado de humedad constante hacen imposible que me quede”³⁸.

NARRATIVAS DESDE EL CAMPO

Aunque su aventura arqueológica no estaba siendo muy exitosa, Saville informó con satisfacción que había “fotografiado a muchos indios y a un grupo de autoridades indígenas. También he fotografiado las dos mujeres más ancianas de Palenque”³⁹. Saville compró además objetos de las mujeres que “viven en una choza, que es una tienda de curiosidades indígenas, y hay muestras de cosas que no he observado en otras chozas donde he entrado”⁴⁰. Al parecer, coleccionar artículos producidos por los indígenas no era un problema para Batres, quien nunca informó al Gobierno mexicano que Saville estaba sacando del país material que no estaba especificado en el contrato.

Las cartas de Saville son descripciones de una naturaleza bella y exótica, un paisaje que resultó ser inhabitable, combinado con una queja general sobre el modo de vida indígena: “Son una gente de mala reputación y mala. No es que sean ladrones innatos, pero van a hacer todo lo posible para hacer trampas y poner obstáculos a nuestro proyecto”⁴¹. Los indígenas no sólo estaban poco interesados en ayudar a los exploradores, sino que según Saville, eran intrínsecamente perezosos: “Ellos son demasiado perezosos para ordeñar las vacas que se alimentan en la plaza, demasiado perezosos para matar la fauna que abunda en los bosques”⁴².

Saville expuso rotundas opiniones sobre el deficiente desarrollo de la expedición, sentimientos negativos acerca de los indígenas de la zona, así como su decepción por la falta de asistencia de Batres. Son cartas en las que el ojo observador antropológico está siempre presente, mirando un paisaje con unos ojos impregnados de prejuicios racistas y colonialistas, de tal forma que una vez más el esplendor de un pasado expresado en las ruinas se desvincula del presente indígena, un presente que está entorpeciendo la buena marcha de la expedición.

38 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México, 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

39 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México, 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

40 Marshall Saville, Reporte de la expedición arqueológica en el norte de México, 1897-1898. AMNH Division of Anthropology Acc. # 1898-30.

41 Diciembre de 1898. AMNH/Division of Anthropology. Acc. # 1898-30.

42 Diciembre de 1898. AMNH/Division of Anthropology. Acc. # 1898-30.

Carl Lumholtz escribió *México desconocido* (*Unknown Mexico*) tras sus viajes por México, un libro a través del cual nos acercamos tanto a su actividad cotidiana como explorador como a las relaciones entre el gobierno porfirista y diversas comunidades indígenas, ya que el texto está repleto de información etnográfica, de tal forma que puede considerarse un pilar de la antropología mexicana (Romo Cedano, s. f.); Marshall Saville publicó múltiples artículos sobre arqueología maya durante su vida, aunque la información antropológica que se encuentra en las cartas que escribió desde la región de Chiapas no aparece reflejada en textos científicos.

CONCLUSIONES

Marshall Saville y Carl Lumholtz compartieron una cultura común de viajes científicos; ambos estuvieron interesados en México como un lugar con una historia antigua gloriosa y rica, y también como una fuente de objetos coleccionables, pero ellos tenían actitudes únicas y diferentes hacia el campo. La fantasía de localizar al indio puro e intacto impregnó las narrativas de Lumholtz. Para Marshall Saville, los indígenas eran una especie de telón que ocupa un espacio lleno de la riqueza arqueológica, palacios y ruinas.

Es evidente que existió un claro deseo de sistematizar el conocimiento arqueológico y antropológico, aunque Carl Lumholtz fue capaz de pasar por alto algunos de los incipientes intentos del Gobierno mexicano de regular mejor los abusos que perduraban de su historia colonial, y Marshall Saville tuvo que medir sus esfuerzos frente a una naciente burocratización del Estado, especialmente en materia arqueológica. Desde ese período, México ha registrado con rigor todos los descubrimientos arqueológicos en su territorio. El proceso de nombrar y registrar los descubrimientos es en sí mismo una práctica científica que permitió pensar, visualizar y narrar el pasado de la nación. Desde fines del siglo XIX los extranjeros que deseaban llevar a cabo una investigación arqueológica en México tenían que comunicarse con la parte superior de una estructura piramidal de poder científico y administrativo. No se trataba de una comunicación sencilla, sino una relación entre un Estado cuya capacidad para gobernar se ha encontrado siempre en juego y las instituciones norteamericanas que esperaban que las incursiones en territorio mexicano fueran sencillas.

En este encuentro entre el presente, el pasado, la ciencia y la nación comenzó a fraguarse el concepto de patrimonio nacional. Los nacionalistas mexicanos de fines del siglo XIX (políticos, intelectuales y científicos) consideraban las expediciones del AMNH como intervenciones extranjeras en el territorio y en el pasado mexicano, y por ello tenían que proteger las ruinas de la nación mediante leyes, y de esta forma el Estado se tornó en una entidad masculina, protectora y controladora del patrimonio. ✱

REFERENCIAS

Álvarez, Carlos

1993. "Los viajeros del siglo pasado en la arqueología maya", en Maria Teresa Cabrero, *Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, IIA-UNAM. pp. 149-167.

Bederman, Gail

1995. *Manliness & Civilization: A Cultural History of Gender and Race in the United States 1880-1917*. Chicago, University of Chicago.

Bernal, Ignacio

1980. *A History of Mexican Archaeology: The Vanished Civilizations of Middle America*. Londres y Nueva York, Thames and Hudson.

Bonfill Batalla, Guillermo

1989. *México profundo*. México, Grijalbo.

Brading, David

1980. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México, Era.

Bueno, Cristina

2009. "Forjando Patrimonio: The Making of Archaeological Patrimony in Porfirian Mexico", *HAHR* vol. 90 No. 2, pp. 215-245.

Craig, Raymond

2002. "A Nationalist Metaphysics: State Fixations, National Maps, and Geo-historical Imagination in Nineteenth-Century Mexico", *Hispanic American Historical Review* vol. 82 No. 1, pp. 33-68.

de la Peña, Guillermo

1996. "Nacionales y extranjeros en la historia de la antropología", en Metchild Rutsch (comp.), *La historia de la antropología en México: fuentes y transmisión*. México, Universidad Iberoamericana-Plaza y Valdés, pp. 41-81.

Díaz y de Ovando, Clementina

1990. *Memoria de un debate (1880). La postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional*. México, UNAM.

Díaz-Andreu, Margarita

2007. *A World History of Nineteenth-Century Archaeology: Nationalism, Colonialism, and the Past*. Oxford, Oxford University Press.

Fabian, Johannes

2001. *Anthropology with an Attitude: Critical Essays*. Stanford, Stanford University Press.

Florescano, Enrique

1994. *El patrimonio nacional en México*. México, FCE.

Florescano, Enrique

1994. *Memoria mexicana*. México, FCE.

García Canclini, Néstor

2001. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires, Paidós.

Garcíadiego Dantan, Javier

1996. *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*. México, Colegio de México.

Gorbach, Frida y Carlos López Beltrán

2008. *Saberes locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*. Zamora, El Colegio de Michoacán.

Haraway, Donna

1989. *Primate Visions. Gender, Race and Nature in the World of Modern Science*. Nueva York, Routledge.

Herle, Aanita

1998. *Cambridge and the Torres Strait. Centenary Essays on the 1898 Anthropological Expedition*. Cambridge, Cambridge University Press.

Hinsley, Curtis

1992. "Collecting Cultures and Cultures of Collecting: The Lure of the American Southwest", *Museum Anthropology* vol. 16 No. 1, pp. 12-20.

Kuklick, Bruce

1996. *Puritans in Babylon: The Ancient Near East and American Intellectual Life, 1880-1930*. Princeton, Princeton University Press.

Kuklick, Henrika

1997. "After Ishmael: The Fieldwork Tradition and Its Future", en Akhil Gupta y James Ferguson (eds.), *Anthropological Locations*. Berkeley, University of California Press, pp. 47-65.

Larsen, Mogens Trolle

1996. *The Conquest of Assyria. Excavations in an Antique*. Londres, Routledge.

Lombardo de Ruiz, Sandra

1994. *El pasado prehispánico en la cultura nacional: memoria hemerográfica, 1877-1911*. México, INAH.

Lomnitz, Claudio

2008. "Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos en México del Porfiriato a la revolución", en Carlos Altamirano (director), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires, Katz, pp. 441-461.

Lumholtz, Carl Sofus

1904. *El México desconocido*. Nueva York, Scribner's sons.

Marchand, Suzanne

2009. *German Orientalism in the Age of empire: Religion, Race, and Scholarship*. Nueva York-Cambridge, Cambridge University Press.

Merchant, Carolyn

1980. *The Death of Nature. Women, Ecology and the Scientific Revolution*. San Francisco, Harper and Row.

Muñoz Güemes, Alfonso

1988. "Carl Lumholtz", en Lina Odena Güemes y Carlos García Mora (eds.), *La antropología en México. Panorama histórico* vol. 10. México, INAH, pp. 452-459.

Oreskes, Naomi

1996. "Objectivity or Heroism? On the Invisibility of Women in Science", *Osiris* No. 11, pp. 87-113.

Patterson, Thomas

1986. "The Last Sixty Years: Toward a Social History of Americanist Archeology in the United States", *American Anthropologist* vol. 88 No. 1, pp. 7-26.

Prakash, Gyan

1990 "Science 'Gone Primitive' in Colonial India", *Representations* vol. 40 No. 1, pp. 153-178.

Pratt, Mary Louise

1992. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Nueva York, Routledge.

Pruna, Pedro

1994. "National Science in a Colonial Context. The Royal Academy of Sciences of Havana, 1861-1898", *ISIS* Vol. 85 No. 3, pp. 412-426.

Romo Cedano, Luis

s. f. "Carl Lumholtz y el México desconocido", *www.bibliojuridica.org/libros/1/252/15.pdf* (recuperado el 14 de agosto de 2010).

Ruiz, Carmen

2003. "Insiders and Outsiders in Mexican Archaeology". Tesis doctoral, Austin.

Rutsch, Metchild

2007. *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. México, INAH-UNAM- IIA.

Schumaker, Lynette

1996. "A Tent with a View: Colonial Officers, Anthropologists, and the Making of the Field in Northern Rhodesia", *Osiris* vol. 11, pp. 237-258.

Stocking, George

1995. *Objects and Others: Essays in Museums and Material Culture*. Madison, University of Wisconsin Press.

1968 *Race, Culture, and Evolution: Essays in the History of Anthropology*. Nueva York, Free Press.

Sullivan, Paul

1989. *Unfinished Conversations: Mayas and Foreigners between Two Wars*. New York, Knopf.

Terrall, Mary

1998. "Heroic Narratives of Quest and Discovery", *Configurations*, vol. 6 No. 2, pp. 223-242.

Trigger, Bruce

1984. "Alternative Archaeologies: Nationalist, Colonialist, Imperialist", *Man* Vol. 19 No. 3, pp. 355-370.

Vázquez León, Luis

1996. *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*. Leiden, CNWS Publications.

Villoro, Luis

1950. *Los grandes momentos del indigenismo mexicano*. México, FCE.

